

nuestros padres nos engendraron!» Y, diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

juego de vocablos. Baste, para persuadirnos de ello, hacer aquí las siguientes citas:

«Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la *hora* (que para él *fué menguada*) de la venida de la asturiana.» (I, t. II, cap. 16, pág. 37.)

«Estos días y estas *horas*, bien sé yo que para mi  *fueron aciagos y menguadas.*» (I, t. II, cap. 28, pág. 310.)

«Y la ventera decia en voz y en grito: «— *En mal punto y en hora menguada* entró en mi casa este caballero andante.» (I, t. III, cap. 35, pág. 72.)

«Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez, sin duda, creía que llegaba en las garras de los leones. Maldecía su ventura, y llamaba *menguada la hora* en que le vino al pensamiento volver á servirle.» (II, t. IV, cap. 17, pág. 270.)



## CAPÍTULO XL

### De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia

**R**EAL y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve

Fuera repetición, si no enfadosa, tampoco necesaria, la de insistir en cuán versado estaba el autor en los libros caballerescos al traer á este capítulo el nombre del valeroso Pierres y de la linda Magalona; lo mismo que al parangonar el que se dió á caballos auténticos con los de otros nombres enteramente fantásticos, con cuyos títulos hace gala de su donosa erudición.

Anunciar la pronta venida de Clavileño el Aligero; prometer D. Quijote que se pelaría las barbas en tierra de moros si no consiguiese el rapamiento del barbado escuadrón, mezclando lo bajo y truhanesco del pelarse las barbas con lo serio, con lo grave de un comenzar solemne y armonioso; es nota de singular inventiva, como no la ofrecen acaso los muy fecundos en ese dar cuerpo y alma á las ficciones del ingenio creador.

*Línea 2.* De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia. — Fuera temeridad intentar detener el curso de las lenguas y afirmar, pongamos por caso, que las frases *lo que dice relación á...*, *lo que se refiere á...*, *lo que toca á...*, deben proibirse por neológicas; mas ¿por qué no consentir que nos deleitemos con el *atañe*, de sabor enteramente castizo?

«Señor, cerca del cumplimiento de las dichas vuestras cartas y mandamiento, do quier que viéremos ó sintiéremos y supiéremos qualquier cosa de

los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celeberrimo! ¡Oh D. Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia, que, así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: «— Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como esta. Válgate mil satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno: ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras<sup>a</sup>, sino el de barbarlas? ¡Cómo! ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba<sup>b</sup>, aunque hablaran gangoso,

a. ...pecadores. BR. 1. — b. ...medio abajo, aunque. ARG. 1. 2, BENJ.

qualquier natura é facion y calidad é misterio que sea ó ser pueda ó atañe á conservacion ó guarda de vuestra Real persona y estado.» (Crónica de Juan II. Año 1438, cap. 5.)

«...por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben y no alcanzan lo que pretenden.» (FR. LUIS DE LEÓN. *La perfecta casada*, introducción.)

Si de este modo hablaban los clásicos, ¿por qué tildarnos de anticuados al respetar su derecho y ponerlo frente á frente de los que le censuran y motejan?

7. «— Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas. — Cuán notoria sea la discordancia entre la primera y segunda parte, en lo que mira al sobrenombre de Sancho, lo patentizan las citas que van á continuación:

«Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de *Panza* y de *Zancas*, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia.» (I, t. I, cap. 9, pág. 211.)

«Sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los *Panzas*, de quien yo deciendo.» (II, t. IV, cap. 7, pág. 128.)

«Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron *Panzas* sin añadiduras de dones ni donas.» (II, t. V, cap. 45.)

«— Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los *Panzas* nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo.» (II, t. VI, cap. 50.)

«Yo soy del linaje de los *Panzas*, que todos son testarudos.» (II, t. VI, cap. 53.)

que no ponerles<sup>a</sup> barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las<sup>b</sup> rape.

— Así es la verdad, señor, — respondió una de las doce, — que no tenemos hacienda para mondarnos, y, así, hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de<sup>c</sup> unos pegotes ó parches pegajosos, y, aplicándolos<sup>d</sup> á los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello, y á pulir las cejas, y hacer otros menjerges tocantes á mujeres, nosotras, las dueñas de mi señora, por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas. Y, si por el señor D. Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.

— Yo me pelaría las mías, — dijo D. Quijote, — en tierra de moros, si no remediase las vuestras. »

Á este punto, volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: «— El retintín desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y, así, de nuevo os suplico, andante inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

— Por mí no quedará, — respondió D. Quijote: — ved, señora, que es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.

— Es el caso<sup>e</sup>, — respondió la Dolorida, — que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más á menos; pero, si se va por el aire y por la<sup>f</sup> línea recta, hay tres

a. ...que no poner las barbas. BR. 5. — unos. BR. 5, TON. — d. ...aplicándoles.  
...que no ponerlas barbas. GASP. — BOW. — e. ...serviros. El caso es. TON.  
b. ...quien los rape. FK. — c. ...usar — f. ...por línea. ARR., ARG. 1. 2, BENJ.

4. ...y, así, hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches. — Debió suprimirse el término *de*, que precede al verbo *usar*.

5. ...unos pegotes ó parches pegajosos, y, aplicándolos á los rostros. — Alguna reforma necesita nuestro léxico, en el artículo *aplicar*, en punto á las diversas significaciones que se le atribuyen. ¿Quién no lee con agrado la que recibe en el siguiente ejemplo?:

«¿En qué veré que tú á mi llanto agora  
Padre benigno, aplicas los oídos,  
Si el corazón que forma estos gemidos,  
Sus dulces lazos tiernamente adora?»

(B. L. DE ARGENSOLA. Soneto *¿En qué vere, etc.*)

mil<sup>a</sup> y docientas y veinte y siete. Es también de saber que Malambruno me dijo que, cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y

a. ...mil dozientas. V., Ton. — ...hay 3.227. BAR.

1. ...que Malambruno me dijo que, cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura. — Entre las causas de dureza en la expresión se cuenta el usar del no pocas veces malhadado *que*, origen de la epidemia literaria que se desarrolló lo mismo en España que al otro lado de los Pirineos; epidemia que, comenzando á decrecer cuando declinaba el siglo XVIII, se consiguió, no sin esfuerzo, desapareciere enteramente de los vastos dominios de Chateaubriand y de los no menos extensos de Capmany y Toreno, por no citar más. Nos referimos al *que* superfluo, al que se usa con demasiada inoportunidad, del cual no curó mucho nuestro Cervantes, como se dijo en otro lugar; y, no obstante, el *que*, pobreza del idioma, truécase á veces en delicado primor. Tal se echa de ver en la comedia *Sueños hay que verdad son*, escrita, al parecer, por Lope, si bien atribuida á Calderón:

« La serrana hermosa,  
La del bel mirare  
Gloria de las selvas...  
¿Qué?... y honra de estos valles:  
La que en boca y dientes  
Por diferenciarse  
Trae en la aldea...  
¿Qué?... perlas y corales. »

Ese gentil *que* (hemos de consignarlo lealmente) viene á ser como piedra de escándalo en el final del ejemplo arriba propuesto. Lo es asimismo poco más adelante:

«...que, pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, *que* tampoco le habrán dado el de mi amo.»

¿Se ha de absolver, no ya al escritor pulcro y remirado, sino al simplemente cuidadoso, escribir, como lo hace nuestro autor en el cap. 41:

«...sólo sé decir que, si la señora Magallanes, ó Magalona, se contentó destas ancas, *que* no debía de ser muy tierna de carnes?»

«—Minucias, minucias, — dirá el naturalismo, — ensañarse contra una tilde.» Tilde y todo, en la obra inmortal debe hablarse de ella, aunque sin fanatismo. ¿Por ventura no es también una tilde el tercer *que* de este otro pasaje del cap. 47?:

«—¿Sería posible, — dijo Sancho, — maestresala, que agora que no está aquí el Dr. Pedro Recio, *que* comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?»

Digámoslo resueltamente: el *que*, blanco de la anterior observación, sobra para la elegancia y pulidez, y (¿por qué no decirlo?) sobra también para la corrección.

Bello, en su *Gramática de la Lengua castellana* (ed. 1898, Paris), pág. 262, escribe á este propósito:

«Otras veces redundante este *que*: «Suplico á vuestra merced que, porque no encarguemos nuestra conciencia confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, *que* vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato

con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á<sup>a</sup> la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la<sup>b</sup> frente, que le sirve de freno, y vuela por el

a. ...robada la. BAR. — b. ...en el cuello, que. ARG., BENJ.

de esa señora» (Cervantes). Nada más común que este pleonasma en nuestros clásicos; pero, según el uso moderno, es una incorrección que debe evitarse.»

Lo pide la claridad, para que lo entiendan hasta los que viven en Ciempozuelos, como diría el P. Isla; y así debe ser cuando el pueblo, poco amigo de novedades, sigue en sus trece y lo emplea cada y cuando le viene á la boca. Del pueblo lo tomaron, sin duda, escritores tan pulcros como Fr. Luis de León, para no citar más.

1. ...porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente. — Bowle, en sus *Anotaciones al «Don Quijote»*, pág. 103, escribió:

«Como el famoso Clavileño retrahe mucho al Cavallo de Bronce de nuestro muy famoso Poeta, el Ennio Ingles, G. Chaucer, Que murió el año 1400, no será fuera de proposito mostrarlo. El dueño del cavallo de bronce fue Cambuscan, Rey de Tartaria. Chaucer. V. 10580.»

Creemos oportuno añadir, á lo dicho por Bowle, estas breves citas de Chaucer:

« And when you lust to ryde any where  
Ye moote trille a pyn stant in his ere. »

« And seyden it was i-like the Pegase  
The hors that hadde wynges for to fle ;  
Or elles it was the Grekissch hors Synon,  
That broughte Troye to destruccioun,  
As men may in the olde gestes rede,  
« Mine hert », quod oon, « is evermore in drede,  
I trow som men of armes ben therinne,  
That schapen hem this cite for to wyne. »

(The Squyere's Tale.)

Cogiendo el hilo de esta historia, añade Pellicer, t. VI, pág. 428:

«Volaba como Clavileño por los ayres, como un águila, llevaba á Cambuscan adonde queria, y le volvía á su casa sin daño alguno, gobernándose solo por una clavija que tenia en la oreja... prescindiendo de si la del poeta inglés es invencion propia ó agena la de Cervantes está adoptada seguramente de la historia de la linda Magalona. (1)

Lo que sólo se infiere es la semejanza que se advierte entre estos dos caballos; así como pudiera también inferirse la que, según la hablilla antigua, tenia con Clavileño en no comer ni dormir la mula de Iñigo Ezquerria, ó el

(1) *Historia de la Linda Magalona hija del Rey de Napoles, y de Pierres hijo del Conde de Proenza*. En Sevilla, 1533. 4 to. D. NIC. ANTONIO. «Bib. Hisp.», T. 2. 684.

aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le lle-

Zurdo, á quien procreó su padre en un espíritu malo en figura de una mujer bien parecida, como se lee en nuestros genealogistas. (Biblioteca Real: est. K, cod. 12, pág. 16.)»

Clemencin, t. V, pág. 306:

«Recuerda este caballo al que presentó Croppart, Rei de Hungría, jorobado y maligno pretendiente de la mano de Máxima, infanta de Sevilla, igualmente de madera y con una clavija de acero en la frente, diciendo que con el se podía volar.»

La obra á que se refiere el comentarista, se intitula de este modo: *La historia del muy valiente esforçado cauallero Clamades hijo de Marcaditas rey de Castilla: y de la linda Clarmonda hija del rey de Toscana.*

Citemos, pues, algunos pasajes:

«En *Cléomadés*, de Adeuet le Roi, y en su derivado el *Méliacin*, de Girard d'Amiens, nos encontramos con el caballo de madera (familiar á los lectores de *Don Quijote*) que se pasea por las esferas y caracolea entre los planetas. Originaria de Oriente la historia fué transmitida á los griegos, adicionada por los árabes y comunicada por ellos á los españoles, de quienes la tomó Adeuet le Roi, presentándola al mundo occidental.» (FITZMAURICE-KELLY. *Historia de la Literatura española*. Trad. de BONILLA SAN MARTÍN, pág. 68.)

«El rey Bardigante hizo vn hombre de oro, el qual tenia vna trompeta en la mano, y luego que alguno pensaua o trataba alguna traycion contra el, aquel hombre de oro tañia muy reziamente aquella trompeta. Y el rey Cropardo hizo vn cauallo de madera, en el qual hauia dos clauijas de azero, por las quales el se regia y lo hazian yr donde querian. E quando el rey Marcaditas huuo recibido los dichos joyeles, el huuo muy gran placer con ellos, porque eran muy marauillosos. Y entonces los tres reyes le demandaron sus dones, y el, como era muy noble, sin mas pensar se los otorgo. Y quando ellos vieron que les hauia otorgado lo que le demandauan, ellos le demandaron sus tres hijas... Y entonces Clamades entro en la sala donde estaua el rey Cropardo, el qual tenia gran desseo que le diessen a Maxima; y Clamades dixo al rey su padre que el se marauillaua mucho como el hauia otorgado a su hermana a vn tal hombre, y dixo Clamades que en tanto que seria en vida, si el podia, nunca la auria, y que tampoco no sabia el rey Marcaditas si el cauallo era tal como el dezia. Entonces dixo el rey Cropardo a Clamades que subiesse encima por le prouar, y esto le dezia a fin que el lo lleuasse, porque Clamades le guardaua de hauer su hermana Maxima. Y Clamades dixo que el subiria encima del por le prouar. Y entonces el hombre de oro començo a tañer su trompeta, porque el rey Marcaditas no se auisaua del engaño del rey Cropardo; y bien fue oyda la trompeta, mas ellos no pararon mientes a ella, porque cada vno miraua al cauallo en el qual Clamades queria subir.

Y entonces Clamades subio en el cauallo, y el rey Cropardo boluio la clauija que el cauallo de madera tenia en la frente, y el cauallo començo a se mouer, y se alço en el ayre tan alto que todos le perdieron de vista. Y entonces fueron muy pasmados el rey y la Reyna, y todos los otros que alli estauan. E dixo el rey Marcaditas al rey Cropardo que hiziesse tornar a su hijo Clamades, que assaz era prouado el cauallo; y el rey Cropardo le respondió diziendo assi: «Por cierto, señor, yo no puedo, porque yo he olvidado de le dezir como el deue boluer las clauijas que estan en el cauallo...»

E Clamades andaua sienpre sobre el cauallo de madera, y en poco tiempo fue tan lexos, que el no sauia en donde estaua; pero el tomo muy gran es-

van. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlín. Prestósele á Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á

fuerço en si, y penso yendo assi a cauallo como y en que manera se podria boluer; y luego miro en derredor del cauallo y hallo vna clauija en el costado diestro, y el la empenço de boluer; y luego que huuo hecho aquello, miro al otro costado del cauallo y vio alli otra clauija; y despues hallo otra en el pie del cauallo, las quales començo a boluer, y entonces el se començo a baxar contra la tierra, y alli conosció Clamades la manera del cauallo y fue mas assegurado que de primero, porque el conosció que por aquellas clauijas se gobernaua el cauallo de madera, y que por ellas andaua y venia; mas el no sabia en que manera el deuia boluer a su tierra, ca el cauallo en vna noche y vn dia lo hauia lleuado hasta en Toscana, de la qual tierra era señor el rey Carnuante, el qual hauia vna hija que hauia nonbre Clarmonda, y alli traxo el cauallo a Clamades encima de vna torre de vn castillo que hauia nonbre *el castillo noble*; y era aquella torre llana por encima; y alli arribo Clamades, y descendió del cauallo.» («Nueva Biblioteca de Autores españoles». *Libros de Caballerías*, segunda parte, 1908, pág. 426, por BONILLA SAN MARTÍN.)

Cotejados tan diversos pareceres, ha de afirmarse que, si Cervantes no conoció á Shakespeare, menos debió conocer á un escritor de segundo orden: á Chaucer.

Poco leida la historia de Clamades, no fué seguramente la que pudo sugerir la idea de Clavileño. No así el libro de la linda Magalona, más popular y del que no cabe duda era conocido por nuestro novelista. Mas, sea cual fuere la fuente en que pudo inspirarse, el critico ha de insistir en la idea de la originalidad cervántica; originalidad, decimos, del genio burlón por antonomasia; del que, tomando elementos tenidos hasta entonces por serios, se divierte haciendo caer sobre ellos la simpática nota del ridiculo.

Hartzenbusch y Benjumea, poco satisfechos de la lección *el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente*, bajaron la clavija de la frente al cuello, sirviéndoles para este cambio fundamento tan débil como el que sigue:

«Más adelante se verá que el caballo tenía la clavija en *el cuello*, punto más apropósito que la frente para el manejo de la clavija. La *crin*, ó las *crines*, habia sin duda escrito el autor.» (Obra citada, nota n.º 1332, pág. 149.)

2. ...*Pierres... Magalona*. — Censurado por Petrarca (1), anatematizado por Vives (2), *Pierre de Provence* pasó de su originaria lengua provenzal ó latina á la francesa, y de ésta se hicieron diferentes versiones: en castellano (Burgos, 1519.—*Registrum* de Fernando Colón) (3); en catalán (Barcelona, 1616.—Torres Amat); en inglés (Frankf-am-Mein, 1549.—Brunet); en danés (Copenhague, 1662.—Brunet); en polaco (Cracovia, 1701.—Brunet); en portugués (Lisboa, 1783.—M. Menéndez y Pelayo); y en versos griegos (Venecia, 1806?—*Hist. litter. de la France*, XXIV, 530). Es producción que, al igual del *Partinuo*

(1) GABRIEL. *Idée de la ville de Montpellier*.

(2) *De institutione christianae feminae*, I, 5.

(3) *Historia de la linda Magalona, hija del Rey de Napoles et del esforçado cauallero Pierres de Provençea*. Burgos, 1519, á 26 de Julio.

cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino á quien él quería ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Pierres<sup>a</sup> hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve  
5 dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes

a. ...Pirres. C.<sub>4</sub>, BR.<sub>1</sub>.

ples, ha crecido mucho en brazos de la imprenta, y en Francia y en España encontraríamos infinidad de ediciones.

El erudito crítico Sr. Menéndez y Pelayo, dice, al tratar de la producción del canónigo Bernardo de Treviey, que en «esta novelita, sin duda de las mejores en su género, las aventuras, aunque inverosímiles, no son excesivamente complicadas; los dos personajes principales interesan por su ternura y constancia y la narración tiene en los textos viejos una gracia y frescura que contrasta con la insipidez habitual de los libros de pasatiempo del siglo xv y con las ridículas afectaciones de los refundidores modernos».

El único hijo de los condes de Provenza, el valeroso Pierres, vencedor en cuantos torneos había tomado parte, determinó salir de su patria en busca de nuevas aventuras en que poder lucir su destreza y agilidad. Para ello le brindó la ocasión, al ir á Nápoles, el distinguirse en célebre torneo y el conocer á la princesa Magalona, de quien la fama pregonaba ya la singular belleza. Llegó el animoso caballero á la ciudad parthenopea, sobresalió entre los más apuestos justadores, y, saliendo vencedor, fué invitado á honrar la mesa del emperador, quedando desde aquel momento prendado de la hermosa y gentil princesa.

Admitido ya en la corte el Caballero de las Llaves, que con tal título quería ser llamado, no le faltaron ocasiones en que hablara á su placer con la hija del rey, siendo medianera de sus amores la nodriza de Magalona.

El temor de ésta á que la casasen con otro caballero, fué parte á la resolución de que los dos amantes abandonasen la ciudad, y «quant vingué la nit assignada, sobre lo primer son, Pierres vingué á la porta del jardí ab tres cauals; y dels tres lo hu era carregat de pa y de vi pera dos dies, perque no anassen a cercar virtualles per les posades, y troba la gentil Magalona que estava sola, la qual auia pres or y argent y tot lo que li semblaua millor, y caualca sobre la aca que era de Inglaterra, la qual caminaua molt; y Pierres caualca sobre lo seu caual que era molt lleuger»; y luego, por la tarde, á la hora melancólica del crepúsculo, entráronse por la espesura de la montaña que da al mar, y allí determinaron pasar la noche.

Los anillos que á Pierres le había dado su madre, y que fueron regalo para la amada, ocasionaron su gran desventura. Cuando contemplaba el valeroso joven á la escogida de su corazón, un gavián que á deshora pasó por allí arrebató el rico presente, junto con el cendal que lo cubría. Desalado corrió el príncipe tras el robador, el que, saltando de roca en roca y remontando el vuelo, dejó caer la presa en la inmensidad del mar. Topó, á la sazón, el caballero, con una barca. Saltar en ella, dirigirse al sitio de la caída y formarse horrenda tempestad, todo fué obra de un momento; y la barca, impelida por las olas, es abordada por nave de corsarios, y, cautivado Pierres, se le lleva ante el Soldán de Alejandria, quien, enamorado de la gentileza del esforzado mancebo, le señaló lugar preferente entre la servidumbre palatina.

del mundo, y hoy está aquí, y mañana en Francia, y otro día en Potosí. Y es lo bueno que, el tal caballo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede<sup>a</sup> llevar<sup>b</sup> una taza<sup>c</sup> llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado; por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar ca-  
ballera<sup>d</sup> en él. »

Á esto dijo Sancho: «— Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero, por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. »

a. ...encima pueda llevar. Bow. — traça llena. BR.<sub>2</sub>. — d. ...andár á caballo en él. Tox.  
b. ...puede llena una. C.<sub>4</sub>. — e. ...una

Presa de mortal espanto al verse abandonada, la desgraciada Magalona, andando por la floresta, dió con una peregrina, y, trocando sus vestidos, partió hacia Roma. Desde allí marchó á Provenza, donde, viviendo de limosna, llegó hasta Aguas Muertas, fundando poco después un hospital, con lo que se captó el afecto de los condes de Provenza, padres de Pierres. En tanto, el infortunado paladin pasaba los años en la corte del Soldán. Al fin solicitó permiso para ir á Provenza y saludar á los suyos. Salió de Alejandria; y, habiéndose extraviado en la isla de Sahona, quedó interrumpido su viaje, hasta que unos pescadores, hallándole en la playa extenuado, casi muerto, decidieron trasladarle al hospital de Crapana. Allí pasó cerca de un año, logrando, por fin, tras grandes dificultades, llegar á Aguas Muertas, ingresando en aquel hospital á causa de sus dolencias: en el mismo hospital que había fundado la hija del rey Magalón. Reconociéronse allí los dos amantes, y ella, poseída de gozo, participó á los padres de Pierres el feliz encuentro; encuentro que se vió coronado con el venturoso enlace de entrambos príncipes, dando lugar á que ostentasen más tarde los títulos de Reyes de Nápoles y Condes de Provenza.

3. ...y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano. — La repetición, tan inmediata (dice Clemencín, y en esto estamos de acuerdo), de *llevar*, es una incorrección más de las que nota el lector cuidadoso y diligente; mas no se ha de deducir por esto que Cervantes escribiese *va*, ni tampoco ha de valer el argumento de Hartzenbusch cuando dice: «Para nosotros no es dudoso que puso *va*, porque en la página siguiente leemos: «*Ya he dicho*, respondió la Trifaldi, que con la clavija... volviéndola á una parte ó á otra el caballero que *va* encima.» (Nota n.º 1333.)

Vano empeño el de estos comentadores: el autor se rectificó: dormía cuando escribió *lleva*, y despertó al hablar la Trifaldi.

8. Á esto dijo Sancho: «— Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero, por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.» — Cuervo, maestro de todos en lengua castellana, ha reunido con paciencia ultrabenedictina, en su *Diccionario de Construcción y Régimen*, cuan-

Rieronse todos, y la Dolorida prosiguió: «— Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia; porque él me significó que la señal que me daría por donde yo enten-  
5 diese que había hallado el <sup>a</sup> caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese, con comodidad y presteza.

— Y ¿cuántos caben en ese caballo?», preguntó Sancho.

La Dolorida respondió: «— Dos personas: la una en la silla y la otra en las ancas; y por la mayor parte estas tales dos personas son  
10 caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

— Querría yo saber, señora Dolorida, — dijo Sancho, — qué nombre tiene ese caballo.

— El nombre, — respondió la Dolorida, — no es como el <sup>b</sup> caballo de Belerofonte <sup>c</sup>, que se llamaba *Pegaso*; ni como el del Magno

a. ...hallado al Cavallero. Ton. = b. ...el del caballo. ARG.<sup>1</sup>  
c. ...Belerofonte. C.<sup>4</sup>, BR.<sup>4</sup>, Ton.

tas autoridades sirven de apoyo á los que, renunciando á escribir precipitadamente, buscan, en lo que al *Quijote* se refiere, testimonios que abonen el uso de mil y mil vocablos insólitos para muchos. De *cutir*, en el sentido de poner en competencia, trae ejemplos que acreditan el empleo de esta voz:

«¡Doy al diablo el ciguñal!  
¿Por qué anda agora *cutiendo*?  
Vos mucho andáis presumiendo  
Repelando á hurtadillas.»

(JUAN DEL ENCINA. *Auto del repelón*.)

«No soy mujer — de las con quien vos *cutis*.»  
(GÓNGORA. *Romancero*, n.º 112.)

14. ...*Belerofonte*... «*Pegaso*». — «Sisifo engendró á Glauco, y éste al eximio Belerofonte, á quien los dioses concedieron gentileza y envidiable valor. Mas Preto, que era muy poderoso entre los argivos, pues á su cetro los había sometido Júpiter, hizolo blanco de sus maquinaciones y le echó de la ciudad. La divina Antea, mujer de Preto, había deseado locamente juntarse clandestinamente con Belerofonte; pero no pudo persuadir al prudente héroe, quien sólo pensaba en cosas honestas, y mintiendo dijo al rey Preto:

— ¡Preto! Muérete ó mata á Belerofonte que ha querido juntarse conmigo, sin que yo lo deseara.

Así habló. El rey se encendió en ira al oirla; y si bien se abstuvo de matar á aquél por el religioso temor que sintió su corazón, le envió á la Licia; y haciendo en un diptico pequeño mortíferas señales, entrególe los perniciosos signos con orden de que los mostrase á su suegro para que éste le hiciera perder. Belerofonte, poniéndose en camino debajo del fausto patrocinio de los dioses, llegó á la vasta Licia y á la corriente del Santo; el rey recibióle con afabilidad, hospedóle durante nueve días y mandó matar otros tantos bueyes;

Alejandro, llamado *Bucéfalo*; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué *Brilladoro*; ni menos *Bayarte*, que fué el de Reinaldos

pero al aparecer por décima vez la Aurora de rosados dedos, le interrogó y quiso ver la nota que de su yerno Preto le traía. Y así que tuvo la funesta nota, ordenó á Belerofonte que lo primero de todo matara á la ineluctable Quimera, sér de naturaleza no humana, sino divina, con cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra, que respiraba encendidas y horribles llamas; y aquél le dió muerte, alentado por divinales indicaciones. Luego tuvo que luchar con los afamados Solimos, y decía que éste fué el más recio combate que con hombres sostuviera. Más tarde quitó la vida á las varoniles Amazonas. Y cuando regresaba á la ciudad, el rey, urdiendo otra dolorosa trama, armóle una celada con los varones más fuertes que halló en la espaciosa Licia; y ninguno de éstos volvió á su casa, porque á todos les dió muerte el eximio Belerofonte. Comprendió el rey que el héroe era vástago ilustre de alguna deidad y le retuvo allí, le casó con su hija y compartió con él la realeza. Los licios, á su vez, acotáronle un hermoso campo de frutales y sembradio que á los demás aventajaba, para que pudiese cultivarlo. Tres hijos dió á luz la esposa del aguerrido Belerofonte: Isandro, Hipóloco y Laodamia, y ésta, amada por el pródigo Júpiter, parió al deiforme Sarpedón, que lleva armadura de bronce.» (*La Iliada*, versión directa y literal del griego, por D. LUIS SEGALÁ Y ESTALELLA, pág. 93 y 94.)

La poesía ha idealizado al que, pretendiendo subir al Olimpo cabalgando en alado Pegaso, excitó la cólera de los dioses. En esa lucha del héroe con la Quimera, aparece Belerofonte sobre el propio corcel domado por Minerva y Neptuno. ¿Está simbolizada, acaso, en tan feroz contienda la tremenda lucha del día con las tinieblas?

«Si, Pegaso es el célebre caballo alado que nació de la sangre que brotaba del cuerpo de Medusa cuando Perseo cortó la cabeza á ésta por haber concedido sus favores á Neptuno metamorfoseado en caballo ó en pájaro. Desde el momento en que nació tomó el vuelo hacia el Olimpo y entró en el palacio de Júpiter, quien le dió el encargo de llevar el rayo y el relámpago y de conducir el carro de la Aurora. En los tiempos modernos Pegaso ha obtenido, como corcel de las musas, una celebridad que no había alcanzado entre los griegos. Una tradición post-homérica le supone padre de los centauros.» (*Diccionario universal*, de N. SERRANO.)

1. ...*ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué «Brilladoro»*. — Larga es la historia del caballo del enamorado de Angélica, como sería larga la de los mil hechos en que interviene Rocinante. Brilladoro, encantado como Orlando en el palacio de Dragontina, abandonado más tarde por su dueño; propiedad luego de Mandricardo, Ruggiero y Agramante; que topa, al fin, con su primitivo señor: he aquí un caballo cuya historia, unida á la de sus poseedores, se hace por todo extremo interesante.

Cuán preciado era el corcel de Orlando, lo publican los siguientes versos:

«Pel medesino messo fe disegno  
Di mandar a Ruggiero il suo cavallo  
Che gli solea tanto esser caro: e degno  
D'esser gli caro era ben senza fallo;  
Chè non s'havria trovato in tutto 'l regno  
Dei Saracin, ne sotto il signor Gallo